

Número 1. Mayo / junio 2024

Revista literaria argentina

Migrante

Equipo

Melina Grieco

Adapta libros en la Asociación Tiflonexos. Estudiante de Edición en la Universidad de Buenos Aires. Nació y creció en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Lucas Alcalde

Redactor de libros escolares. Estudiante de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Nació y creció en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Amber Giles

Ilustradora recibida de la Universidad de Palermo. Nació en Río de Janeiro, Brasil, y se mudó de pequeña a Mar del Plata, Argentina. Trabaja de lo que más le apasiona: dibujar.

Índice

Editorial	4
Cuento. “Sorpresa”, de Leopoldo Lugones	5
Poemas. “Pampa”, de Francisco Álvarez	13
Artículo. “Alföld, la otra Pampa”, por Lucas Alcalde	27
Entrevista	31
Reseña. “El placer de la cautiva”, de Leopoldo Brizuela	35
Reseña de una película. <i>Aballay, el hombre sin miedo</i> , por Leandro Cuellar	37
Novedades editoriales de mayo y junio 2024	39

Editorial

Por Lucas Alcalde, estudiante de Letras (UBA).

Como lo demuestran los *Cielitos* de Bartolomé Hidalgo y como luego recuerda Lugones en *La guerra gaucha*, aquí la gauchesca nace con la patria misma.

Poco después de los *Cielitos*, en los primeros años de la patria, tiempos de gran violencia política, hombres como Luis Pérez e Hilario Ascasubi comenzaron a pelear extensamente por la propiedad del gaucho. Tanto en autores unitarios como en autores federales de ese tiempo, muchas veces eran narradores gauchos los que expresaban las divergencias políticas de los escritores en las gacetas.

La presencia continua del gaucho en esas primeras décadas de nuestra literatura hizo que no tarden en aparecer nuestros primeros gauchos inmortales, esos que serán recordados para siempre y no solo por los interesados en el género, sino que por el conjunto de los argentinos y tal vez también por más de un extranjero: primero los gauchos del *Facundo* y luego el gaucho Martín Fierro.

Aparecerán otros aportes importantes al género en la segunda mitad del siglo XIX: *Fausto*, *Santos Vega* y *Juan Moreira*, pero el gaucho y sus emanaciones no morirán cuando termine su primer siglo, sino que permanecerán y vivirán, desde entonces, para siempre en la nación.

El gaucho, el desierto, los malones, la cautiva; todo ello será leído y releído e invocado desde el presente para contar nuevas historias y expresar nuevos sentires, tal como en *El amor*, de Martín Kohan; en *Las aventuras de la china Iron*, de Gabriela Cabezón Cámara o en *El secreto de la cautiva*, de Leopoldo Brizuela. El gaucho y todo lo que de él ha resultado es universal y atemporal, es del presente y del pasado, de la Argentina y del mundo, y es por eso que configura el primer número de nuestra Revista Migrante.

Cuento. “Sorpresa”, de Leopoldo Lugones

Publicado en *La guerra gaucha* (1905).

Entre los oficiales de la montonera había un capitán medio literato y que sabía latín. No cargaba borlas de doctor, pero componía coplas y además adoraba al Imperio. Las cargas de Murat le sonaban a poema. De los libros que en pipas sedicentes de vino y sal traían a Buenos Aires los contrabandistas, algunos le cayeron a mano. Fueron allá con las carretas que echaban seis meses de viaje, en petacas y almofrejes clandestinos.

Aquellas caballerías de la Francia, que como las nubes en el cielo tempestaban en la tierra; aquellas águilas, aquellos sables, lo mareaban; pues el capitán, como buen poeta, tenía algo de héroe y aun por tal se jactaba sosteniéndolo a sablazos. Gran proclamista además, con doble razón lo querían los montoneros. Gallardeaba asimismo anacrónicos boatos, luciendo sobre galoneado chupetín un antiguo falucho a lo Carlos IV que confeccionó con los colores nacionales.

Sus treinta y cinco años conservábanse esbeltísimos; y como se afeitaba el bigote, parecía un adolescente. Su puño casi femenino blandía con noble donaire una lanza cuya arandela de plata parecía, de tan pequeña, un apagador; pero cuyos botes encomiaban con legendario renombre la pujanza de su dueño.

Aquel oficial desempeñaba, a pesar de sus dotes, una misión subalterna: cortar las comunicaciones del ejército realista, aprisionándole sus correos, con cuyas escoltas combatía a diario.

Declarada la guerra a muerte, inventó un método que excluía la ejecución de prisioneros inermes. Proponíase al maturrango en desgracia un combate singular con cualquiera de los insurgentes. Si aceptaba, moría peleando; si no, se le ahorcaba por cobarde. De morir, a lo menos, con gusto; y de luchar, siempre a la iguala, decía el capitán; y si la montonera aminoraba un poco en ello, su honor no perdía, desde luego, mientras por otra parte sus filas se depuraban de lo peor.

En tales duelos ocurrían peripecias terribles. Cierta vez cayó un godo a la trampa. El capitán hallábase con tres hombres solamente, dispersos en exploración los restantes; pero no vaciló por ello y el adversario aceptó la partida, comunicada que le fue. Era un húsar formidable, casi puro pelo la frente, cavo el ojo, enarcado en alero el bigote —lindo animal de guerra.

Arraigado en su empaque con una macicez de cubo, esperó a su contrario. Y fue cosa de un instante. No más que al comenzar, le volteó una quijada de un hachazo. Mismo golpe para el segundo. En cuanto al tercero, de un revés lo despabiló como una vela.

Sucedía eso por primera vez, mas no extrañaba al capitán. Desde el principio, el hombre aquél le llenó el ojo. Pero costaba demasiado, y además precisaba combatir, cumpliendo la palabra.

El capitán desenvainó envidando con una ojeada; mas, apenas los sables se tocaron, saltó el suyo en un desarme maestro. Una llamita le empurpuró los pómulos, con la natural angurria de rajar en dos al soldado. Éste no se inmutó. Conservaba exactamente su guardia, medio enterrados los talones, sorbiendo el aire con anhelación profunda, la frente partida por una raya de sudor.

Desarmado por tercera vez, el oficial permanecía incólume. Contenía quizás al húsar el respeto del grado o alguna inexpressada simpatía que emanaba de aquella mocedad. Entonces el capitán, con un dedo en que la irritación del fracaso vibraba, le señaló el camino. ¡Qué hacerle! Se había ganado su libertad y luego le perdonaba la vida. Que se marchara, pues, a propalar su victoria en detrimento de la patria. El hombre se quedó con él.

Semejantes episodios lo afamaron, comentándose su historia por los campamentos. Pronto a un viaje para arreglar cierto mayorazgo en España, había sobrevenido la Revolución: y, aunque de familia opulenta se empobreció por la causa, reservando como único patrimonio los papeles que narraban cosas del Emperador.

Sus cojinillos, tanto como los huecos de los árboles, servíanle de armarios; y nunca rehusó un folleto para tacos de carabina; pero entre los bagajes del español hallaba libros de cuando en cuando. Constituían su botín, y los gauchos se lo privilegiaban reverentes. El capitán era buen católico. Alguna vez trajéronle un volumen que resultó misal de campaña, y él lo devolvió con una escolta.

Lo único que lo mortificaba era carecer de un clarín con qué pregonar sus cargas. En vano lo había pedido; en vano disputó a sus hombres más hábiles para que se apoderaran de uno en cualquier forma; en vano realizó proezas capaces de inmortalizarlo, en el intento de arrebatarse uno al enemigo. No tenía clarín, y “sin música no hay guerra”, suspiraba quejoso.

Cuidaba mucho sus cabellos, apartándolos sobre las orejas en dos bucles castaños. Trasuntaba abolengos su aquilino rostro. Prócer su estatura, acrecía con la marcial costumbre de mirar por encima del horizonte. Durante sus diálogos paseaba frente al interlocutor, pero sin darle nunca la espalda, como los felinos, ezquerdeando elegantemente. Los montoneros prendados de él, se hacían matar porque los viera morir.

Su espíritu abrupto jamás llegó a disciplinarse en la táctica, incomodándole como una bajeza todo disimulo ante la muerte. Él lo entendía en romance: por palestra la montaña y el firmamento por bandera. Una lanza, una vidalita, un caballo, el bosque, componían sus posibles. Empero, su independencia no comportaba necesidad. Al contrario, poseía todas las reglas como el mejor; y mientras se deprimía el uso de la lanza, su partida de lanceros refutaba soberbiamente la aserción. Pero, eso sí: él reglaba las cosas a su gusto, y la muerte como una perra gruñona, no se atrevía con su temeridad.

Dejáronle, pues, aquella capitanía con que sus hombres lo invistieron, sin conferirle despachos, aunque sin desconocérsela tampoco.

—No sólo me han nombrado capitán, sino que me han casado —explicaba él, sonriendo a su lanza—. “La mujer del capitán”, decían los hombres. Y, en efecto, no se le conocía más afición en femenino.

Sus cóleras embellecíanlo con una especie de interna luz. En la dilatación de su pensamiento, su frente semejaba la hoja de un sable. La ira le encrespaba el cabello como una brisa eléctrica, vibrando en la dilatación de sus narigales y en la chispa de sus ojos: —ojos de batalla, que embravecían con magnetismo sagital su jaspe verde.

Pronto la calma, una paz en la que se refundía cierto vapor de tristeza, amparaba su exaltación como una grande ala. Sus coplas se plañían de amores. Desvivíase por las criaturas y los caballos.

Una ahijadita suya peligraba de sarampión. Inmediato a la choza donde yacía, acampaba un retén enemigo; pero el capitán reflexionó que el estruendo de un combate dañaría a la paciente. Su posición le aseguraba el triunfo y abandonola no obstante, alejó al enemigo a costa de una pantorrilla baleada. Fuera de aquella cicatriz, contaba nueve y ni una sola condecoración. Odiaba a los puebleros más que los gauchos mismos. Decíase que cuando operaba sobre el ejército español, en el mismo real enemigo dormía noche por medio, con la querida de un coronel.

Relajábase en un largo asueto la disciplina de aquel grupo; sus exploradores nada traían, mientras continuaba la invasión. El capitán, falto de órdenes, distribuía el tiempo entre la atención de su caballo y la escansión de sus trovas. La selva tornaba a la quietud anterior de sus verdores. Un laurel muerto servía de caballete a las monturas. Chuzas y sables, suspendidos de los gajos, criaban velozmente el orín de la holganza. Los caballos convertíanse en raciones; sus cueros en toldos. Los restantes pacían cerca de un manantial cuidados por un solo hombre; y el del capitán se les reunió, abandonando su pesebre, cuando fue necesario emplear todo el maíz en el mote de la tropa. Ésta ociaba a su gusto y el jefe, en una crisis de descuido o contagiado quizá por la confianza y la inacción, se emperezaba igualmente. Por toda precaución conservaban su orden de pernoctar con las tercerolas a la cabeza.

Los días enervaban con su largura; pasábanlo, aunque algo hambrientos, demasiado bien, y aquello, si no irritaba, aburría.

En eso ocurrió un incidente que vino a divertirlos en su abandono. Al cabo de muchos días, los exploradores volvieron con presa. Tratábase de un ciego que desde Tucumán se dirigía a Jujuy buscando su familia. Cómo llegó hasta esos parajes, por los despoblados, sin lástima ni socorro, nadie lo supo. Por alimento, según dijo, agenciábase Algarrobas y mistoles; por bebida, tragos de lluvia en las huellas de los caballos. La miseria se atareaba en sus pingajos revejidos por los soles y aguaceros. Contaría como sesenta años. Una mecha blanca se hispía a través de su sombrero; y tal para cual la barba, esparcía un ralo brote sobre el perigallo senil. Traía a la espalda, por todo haber, una alforja con bayas del bosque y un violín rabón de cuerdas. Comúnmente silencioso, mamullaba su mate de la noche tarareando suaves tonadas en un recogimiento evocador; y cuando una de éstas, sus dedos sarmentosos vagabundearon sobre la guitarra del campamento, y largó su voz de opaca dulzura, casi como un vagido, los más herejes sintieron una falla en el corazón. Cantaba el viejo los estribillos aldeanos, el romance de algún famoso bandolero, con octosílabos enredados en el rasgueo como pájaros en el ramaje, titilando una lucecita sobre el agua de sus ojos. Por las noches, cuando al amor del fogón contaba cuentos —la historia del niño que salió a rodar tierras en un potrillo de siete colores, o la de los hechiceros que se transformaban en tigres capiángos— cada cual le reconocía rasgos de padre. Si bostezaba, su leñosa faz llenábase de arrugas concéntricas, como un sirle; y

ésta era su única mueca, pues jamás reía. De aquí que lo sospecharan indio, acertando tal vez, porque refería cosas del tiempo de Tupac-Amarú —una representación del Ollantay—, el drama quichua de las rebeliones, así como la ejecución de los revoltosos.

Habíanle encordado el violín cuyo arco, no muy desvalido de clines, funcionaba aún; y a su compás sorprendiolo el capitán una tarde cerdeando las cuerdas con un nuevo son. Era la marcha de la patria aprendida a las bandas militares; toda la música, pero sólo la primera estrofa.

El capitán la sabía también, mas nunca había lo impresionado como aquella tarde. Cundía algo de religioso en esa canción entonada por un hombre tan viejo, cual si de las razas en ruinas reverdeciera una esperanza secular, erigiéndose por su boca en árbol de música. Y como si adentro se les iluminase la mirada, vio la sorda voluntad con que los árboles y cumbres asentían a la evocación del verso.

Veneró desde entonces al mendigo, en tanto que hondos escrúpulos remordieron su corazón. Mientras él urdía coplas que sus hombres cantaban. La Canción no se oía a la hora de la muerte. Pero, si semejante conducta importaba un sacrilegio, él la remediaría; y la voz de la patria levantaría sobre aquellas cumbres, llevándose a la gloria espíritus y fervores.

Esa misma noche se realizó la escena. Los hombres, de pie ante el fogón, atendían; y cuando el viejo entonó las primeras palabras, instintivamente, como ante una presencia superior, se descubrieron. La llama, a pincelazos bruscos, iluminábales las barbas. Cabizbajos cual si los rozara un aire del otro mundo, cruzadas las manos sobre el tirador, escucharon en silencio. Las fisonomías permanecieron impasibles, pero poco después, una voz pensó en la sombra:

—¡Parece un rezo!...

El capitán se inspiró. Enseñarles la marcha, creándose una banda de tragaderos que reemplazaran al ausente clarín. Formar con el último verso del coro el estribillo de la victoria y la antífona del peligro. Así redimiría su pecado de lesa patria, sustituyendo con el himno sus vidalitas baladíes. Bronco un tanto, quizá aquello beligeraría como un arma.

—¡Y qué colaboraciones! Bordarlo a lanzadas, ritmarlo a sable, con la galopada tierra por tambor y los jarretes por baquetas. Cargas de hierro y cargas de música entre el tumulto de mandobles brillando como las rayas de un aguacero:

¡...O juremos con gloria morir!

Por toda disyuntiva, un juramento de gloriosa muerte. Nada más para las arremetidas al compás galopante del decasílabo; ese solo verso bramado, suspirado, reído en la familiaridad de la muerte, mientras reservaría la estrofa para las solemnidades a modo de una suprema diana.

Y el capitán suponía ya, jineteando al frente de sus hombres en la fresca mañana, las lanzas diagonales al firmamento, joyante el sol en las pieles de los caballos, recto sobre el enemigo, al trote, al galope, a la

carrera, remolineando la carga sobre alzamientos de bayonetas. Y en tanto el verso belísono espoleando los corazones, pordelanteando a los regimientos enemigos, repicándoles la muerte sobre las nuca. Y los hombres, alegres de rugir aquello, echados al costillar del caballo tras el tundido guardamontes, zambulléndose en la descarga y reapareciendo —¡ah hijos de una!— con un godo ensartado en cada chuzo.

En su táctica singular, ese arbitrio entraba seriamente, dado que ella limitábase a dos términos: cuando la partida abundaba lo suficiente, bastaba para triunfar; cuando no, sobraba para morir.

Comenzaron, pues, las lecciones. El ciego coreaba, el capitán dirigía, y con esto los hombres, que lo adoraban ya, lo santificaron. Era su “cura”, puesto que les enseñaba las oraciones de la patria. Algunos se confesaron con él.

La siesta ardía como una roncha en el ambiente. Semejando grumos de azúcar, se desleían cirros en la profundidad del firmamento. Sobre los collados que amurallaban el horizonte con sus lomos vacunos, cruzaban sombras de nubes. Crudamente lavado por el sol, el paisaje se descoloraba en una tremulación de vidrio neutro. El polvo reflejaba visos de albayalde. En la napa de luz de la siesta rielaban largos temblores. Minúsculas trombas bailaban en los caminos. El silencio pesaba como un bloque. En el manantial que abrevaba hombres y bestias, el agua corría silenciosa como el tiempo.

Alrededor del claro donde acampaba la montonera, erguían su columnata los árboles por entre cuyas hojas atigraba el sol la tierra. Las aves guarecidas en el follaje cotorreaban apenas, sobresaltándose con bruscos volidos entre rupturas de ramitas. Asomaba tal cual ardilla confianzuda, mirábalo todo, y azorándose desaparecía en un parpadeo. Avispas rojas encendíanse como chispas al cruzar extraviados haces de sol.

Más alto aún, el techo del bosque desarrollaba su arquitectura, enramándose con ojivales entrelazamientos de glorieta.

En puro azul los jacarandáes, los lapachos en ramilletes rosa, en borra dorada los garabatos, fingían su florescencia primaveral zarazas y felpas. Algunos ya con su traje de estío, esponjaban verdores profundos, trasudaban otros sus resinas. Destacábanse entre aquella vegetación las breas, satinados de verde sus troncos glabros. Con esbelteces de cucaña lanzábanse los cebiles: los cedros tendían como nadadores, brazos gigantes a través de la maraña; los nogales como que protegían con doméstica paternidad, y los palos santos recelaban en su corazón fragancia y fortaleza. Aquí y allá un palo borracho de tronco oval que parecía tachonado de pernos, prodigaba al sol sus florones crema. Algún quebracho pregonaba corajudas longevidades, tenacidad de fibras cauterizadas por el tanino como jamón magro. Las flores de ceibo purpureaban con una carnalidad de mucosas. El tronco de laurel, aderezado de caballete, desaparecía casi bajo un ropón de enredaderas por entre cuyos resquicios se agrietaba su forro paquidérmico; parecía una madrepora constelada aquí y allá por el azuloso lucero de las pasionarias, adormecíanse los cuchicheos del

follaje; la tierra sudaba frescura, y mientras el sol, afuera, se deshacía en brasas como un tizón, la partida seesteaba.

Junto a las monturas algo se movió en el silencio. Una víbora se descolgó a lo largo del tronco con la suavidad de una bordona, al mismo tiempo que el mendigo alzaba la cabeza.

¡Nada!...

Así transcurrió un minuto hasta que todo se durmió otra vez. Agitáronse de nuevo las hojas; el cañón de una carabina apareció entre las monturas, y sólo el mayor silencio advirtió que andaba gente en el bosque.

El simultáneo estruendo de treinta tiros convergentes despertó a los dormidos, raleándolos con seis bajas; y los más, requiriendo sus tercerolas; los restantes sin advertencia ni para esto, a gatas, a saltos, en una agazapada confluyeron.

Mas el bosque retumbó con nuevos estampidos y nuevas bajas aportillaron el grupo. Dos se pararon espalda con espalda, mientras los otros corrían cazados de todas partes, una puntería sobre cada uno, la muerte sobre todos: ése abalanzándose a las ramas como postrer recurso, éste trotando en torno de los cadáveres sin ningún objeto, sordos a las voces del oficial, acorralados, irremisiblemente perdidos, cuando entre el estrépito de la carnicería se elevó un canto.

Era el mendigo, que llorando de miedo tentaleaba hacia la muerte, implorándolos en el trance supremo con la voz misma de la patria. El capitán aprovechó ese momento. Su voz, ronca de angustia, increpó:

—¡Canallas!... ¡Puercos!... ¡Así nos dejan solos!...

Y pistola en mano, los alineó en torno del viejo. Uno se dio vuelta todavía y de un balazo lo dejó tendido. El cobre de los semblantes advino a bronce. Era su modo de palidecer. Alguien, oculto entre las ramas, intimó rendición. Los hombres se atiesaron con un estremecimiento, y el capitán, avanzando al frente, respondió:

—¡Viva la Patria!

Un instante...

—¡Fuego!

Tronó otra descarga, mas ahora respondía la montonera. El tiroteo se generalizó de parte a parte, pero los godos elegían a mansalva precipitando la circucción. Entonces el capitán codeó al ciego que se prendía de sus ropas, gimiendo, y el himno brotó otra vez en un sollozo.

Ya no era el estribillo de los combates, sino la diana de reserva para los grandes días, la que nunca se entonó hasta entonces, atraída por augusta corazonada a los labios del mendigo:

¡Oíd mortales!

—¡Rendíos!

—¡Viva la Patria!

—¡Fuego!

Quedaban quince. Blancas humaredas surgían de los matorrales. Oyose crujir, al montarse, los gatillos de los fusiles.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Esponáneamente las bocas se abrieron, y fue como una avenida de música arrollando el aire. Ahora ya nadie huía. Cantando se animaban; y cubiertos de humo, flotaba el himno sobre ellos a la manera de un solemne pabellón. Alternado con las descargas, irrumpía incesante. De imprecación se volvía salmo y de salmo, despedida. Más bajo cada vez, rasgábase ahora en una endecha de heroísmo, lanzada al desamparo contra la montaña, contra el bosque, contra la muerte que diezmaba desde la oscuridad; y dos o tres agonizantes se alzaron sobre las rodillas para entonarlo también.

Ya sin esperanza, sorprendidos, justificábanse muriendo. Queríalo así su capitán y así lo aceptaban, identificándose más con él en ese horror de la última hora. El enemigo no atacaba; hería de lejos, contenido por la exaltación de coraje que suscitaba el canto. Y éste mecíase cada vez más solemne sobre la erupción del tiroteo. Los talantes se agrandaban a palmos en su vibración. Como águilas salían de las barbas los versos. Y mascados por esas bocas feroces, golpeaban contra los pechos enemigos acorazados con árboles.

Desde el bosque primitivo, su clamor de esperanza decía a los mortales cuál se levantaban las naciones y se rompían las cadenas de la evocación de semejantes moribundos. Un mendigo y diez insurrectos descamisados a quienes la tumba les subía por las piernas, flacos de gazuza, peludos como animales, cantaban así su propio holocausto, foscas anunciadores de una aurora que no verían. El sol bajaba. Un escalofrío les indicó que ya apuntaban sobre ellos otra vez:

Y a sus plantas rendido...

—¡Fuego!

El verso se cortó como una cuerda, pues el mendigo cayó otra vez. Varios tiros convergieron a su cabeza tirándolo boca abajo como en el revoleo de un corcovo.

Aquella muerte decidió la catástrofe. Sobrecogidos de pavorosa estupidez, estrecháronse unos contra otros como las hebras de un nudo. Un vago deseo de acabar pronto substituyó al entusiasmo del sacrificio, y la pelea degeneró en un fusilamiento.

Las mandíbulas se desencajaban; algunos se cubrían el rostro. El capitán comprendió también que el fin llegaba. Caído el anciano, su clarín, y un poco su abuelo también, ya no les quedaba media docena de suspiros.

Con clarividencia especial, su mente minuciaba nimiedades y deseos, locos deseos de gritar le venían, pero no encontraba qué.

El canto, aquel delirio de un minuto, acababa de pasar como un trago de vino. De sus devaneos imperiales no conservaba ni el recuerdo. Una bala le voló el falucho, y entonces acudió el grito buscado para retar al último plomo:

—¡Hijos de puta!... ¡Metan fierro!

¡Fuego! aulló por última vez el bosque, y bajo la humareda acuchillada de fogonazos cayó el resto de la banda.

La tarde diluía en su frescor las fragancias silvestres. Un rayo de sol, regando de luz el soto, se estiró hasta el capitán, y bajo los árboles oscuros, como besándolo, le alumbró la frente...

Sobre Leopoldo Lugones

Fue un polímata argentino conocido, sobre todo, por sus aportes en la literatura. Es aún el máximo exponente del modernismo en el país y uno de sus grandes escritores. Cultivó el cuento, la novela e incluso la divulgación científica, pero su obra ensayística y poética es la más recordada. Fue por varias décadas director de la Biblioteca Nacional de Maestros, cargo en el que se desempeñó hasta su muerte. En su honor, el 13 de junio, día de su natalicio, es el Día del Escritor en la República Argentina.

Poemas. “Pampa”, de Francisco Álvarez

RUMBO FIJO

He tranqueado en las llanuras
inmensas, sobre la pampa.

He visto alzarse mi sol,
bostezo de madrugada.

Y he clavado la barreta,
hundido también la pala,
como buscando las raíces
de las que surge mi raza.

Y hasta he visto el sol caer
ante la noche estrellada...

Es entonces que yo entiendo
con un brillo en la mirada,
que's en el suelo que piso
donde más se goza el Alba,
y es en la tierra de antaño
donde refulge la Patria.

He tranqueado en este potro
de mis versos, sobre el alma,
y he pialado, con las cuerdas...

las cuerdas de mi garganta;
las dichas de tantas penas,
las penas de dichas tantas.

He rumbiado pa la línea
de las hebras destenzadas,
el camino de mi pueblo
que poco a poco se aplaca.

Señalando, es necesario...
que's necesario tenzarla,
para poder redimirla,
para lograr restaurarla.

Pero aunque viendo el ocaso
desta noble tierra gaucha,
firme poste soy, plantado
que afirmo por mis entrañas;
es aquí ande se alza el sol,
(aunque el mandinga se alza)
aquí donde el tiempo es vida
y la vida es como el Alba,
aquí en el campo sin duda;
aquí perdura mi Patria.

En el campo es donde late
mi bandera enamorada,
en el campo y no en el ruido,
pura y alta enarbolada.
Son las huellas del terruño
un poco más que pisadas.
Son soporte, luz y rumbo
con aroma de llegada.
Y es el trino del silencio
que va llenando mi alma,
que ha llenado ya mis venas,
latientes de campo y pampa
y que llena cual si brisa
las cuerdas de mi guitarra.
Es en fin la luz de todo...
que es luz donde ya no hay nada.

Es lo poco de lo poco,
en donde con poco basta,
lo poco que es veces tanto
que por tanto nos rebalsa;
lo que me conmueve al canto
y lo que abraza mi alma.
Habiéndome convencido
en cada trecho y en cada

silbido, que aquí en el campo
es caricia inapreciada,
que aquí donde el suelo vive
es donde vive mi Patria.

Por eso estoy tan seguro
y es tanta mi convicción;
que ante el sol y ante el trabajo,
ante el silencio cantor,
ante un potro, un alambrado,
una pala o, un tizón
el ayer es evocado.

Y el ayer es para el hoy
maestro en lo que ha pasado
y en lo que viene tutor.

Por eso me juego el cuero
frente al mundo ridomón;
que el campo es el esquinero
sostén de'sta gran Nación.

Y es por eso que me quedo
aquí, donde nace el sol,
donde es que reza mi raza
cual brasa de fe y honor.

Y digo y grito con rabia,
viendo tanta corrupción:
para que viva la Patria,
¡que viva la tradición!

AYER, TAN SOLO AYER

Ayer tan solo ayer... nuestros mayores
alzaron una Patria a llanto y sangre.
Aún se escucha un retumbe de caballos
en la distancia de la pampa madre.
Ayer tan solo ayer nació la Patria

y un vértigo de muerte cruza el aire.
El potro oscuro avanza galopando
y va tiñendo todo de azabache.
¿A dónde están los gauchos de otro tiempo?
¿Aquellos que en la cima de los andes
se hicieron crucifijo en la montaña
cortando el horizonte verticales?,
Dormidos estarán ¡que no murieron!
un día han de volver para el combate.
¡Mañana han de volver!, quizás mañana
porque la Patria llora. Pero late
un bombo de recuerdos y esperanzas
tejido con estrellas federales.
¡Mañana han de volver! ¡Hoy resistamos!
Un potro oscuro avanza... ¡que nos place!
Si somos domadores por estirpe:
a cada brioso un gaucho que lo amanse.
Yo nunca vi a un criollo tener miedo
por chúcaros que fueran los baguales.
Y en cambio vi a los fletes más caciques
peliar y resignados entregarse.
Ayer tan solo ayer... ¡Hoy resistamos!
Mañana volverá la Patria madre
a cosechar lo nuestro. Se ha dormido
un sueño de promesas en la tarde.

DE'NTRE LOS CERROS VENGO

De'ntre los cerros vengo,
piedra y jarilla.
Alma de flores tengo,
flor amarilla.
Tiempo del tiempo quieto
que me acompaña
por la distancia. Nieto

de la montaña.
Canto del riachuelo,
que va vaciando
todo el azul del cielo.
Dios suspirando.

Y entre tanta maravilla
tan sencilla y tan extraña,
un ángel pasó cantando:

"Flor amarilla
de la montaña.
Dios suspirando."

TRANCOS DE SIN APURO

Agua y sol y mi caballo
las tres cosas que más quiero.
Agua y sol para la tierra
y el caballo para el cielo.
Agua y sol, rumor de Padre
maternalmente estrellero.
Soñador de eternidades
en el tiempo pasajero.

Esto soy, rumor de siesta
de primavera en capullo.
Caballo con sol auestas
en trancos de sin apuro.
Esto soy, la brisa suelta
sobre las pampas que arrullo.
Que la pampa es Argentina
y el paraíso está en Cuyo.

Cantar de sequías pueriles

en mansedumbre de verde.
Un caballo de entre miles
es caballo para siempre.

Voy al tranco en mi tobiano
costeando sequías eternas,
solo el sol llevo por cielo
y por resguardo la tierra.
Solo el sol llevo de abrigo
y por casa las estrellas.
Juro ¡ahijuna! andar sin techo
hasta alcanzar su lumbrera.

Agua y sol y mi caballo
las tres cosas que más quiero.
Mi caballo aquí en la tierra,
agua y soles para el cielo.

Sol que es trigo en los trigales
entre espigas prisionero.
Agua, trino en trenzas tristes
de hileritas sin consuelo.

Sol que es peso y es penares
mordiendo tenaz mis campos.
Agua que es risa y cantares
con los acordes del llanto.

Nubes pálidas rumbiando
sin rumbo, tan convencidas
que no hay rumbo al ir cantando.
Y ese es el rumbo en la vida.

Lucero hay y hay que verlo
encendiendo soledades.

Pero para comprenderlo
basta con que nos ampare.

Basta cantar serenata
porque siempre ha alcanzado
con un poco de alpargatas
y de cielos y de campos,

con un campo interminable
que es un poco de reparo.
Por eso me basta, y basta
en esto que yo he cantado;
de coplas, sencillamente,
agua y sol... y mi caballo.

MI TOBIANO

¡Ay, tobianos si supieras
el valor que yo te tengo!
Si entendieras quiando rengo
cuando no estás. Si entendieras
que en cada tranco, la espera
es más corta al parecer,
y que an según mi entender
cada mancha es el esfuerzo,
y cada relincho un verso
del poema del ayer.

SONETO DEL LABRADOR

El ángelus labriego y laudetano
ya siembra sobre el campo su semilla.
Y bajo el tosco arado, la gramilla
promete pan al sueño de la mano.

La mano que allí siembra es recia y dura
porque es dura la tierra y es temprano.

El ángelus labriego y laudetano...

-¡Señor, en ti confío!- La espesura

retumba. Y las tormentas y la helada,
los buitres del comercio... Y la espesura
ni con sus habitantes se concilia.

-Señor, aquí me tienes, ten mi nada-.

El ángelus labriego y la llanura...

Y en casa que lo espera una familia.

ENAMORADO Y LABRIEGO

Ella tenía unos ojos

de cristalina ternura...

Él una mano tan dura

que parecía de abrojos...

Ella dulces azucenas

llevaba, cual manecillas.

Él, sembraba las semillas

en asperezas terrenas.

Era duro como el suelo

que blanda raíz encierra;

era todo, todo tierra

y ella era todo cielo.

Ella flor de primavera

le infundía su sosiego,

y él al tiempo, en tanto, era

enamorado y labriego.

Él trabajaba en el llano

por el pan de cada día,

mientras ella, en cambio, hacía

el pan con su propia mano.

Dos almas con un destino
en que el amor se enarbola.
¡Dos almas que en el camino
se volvieron una sola!

Dos almas, sencillamente...

Pero dos almas que son
agua fría y fuego ardiente,
con un mismo corazón.

¡Dos almas y un mundo entero!

¡Es la fe de los pequeños!

Dos almas tras un Lucero
sobre el potro de los sueños...

Pero solo con el llanto,
por aprender a sufrir,
fue solo sufriendo tanto;
que aprendieron a reír.

Porque en el triste momento
que empezaron a llorar,
su consuelo fue el tormento
y aprendieron a rezar...

Llorar y reír y amar
fue el motivo de sus vidas.

¡Dos almas que, sólo unidas
se largaron a volar!

* * *

Y hoy que el sol no tiene luna,
ni el invierno primavera;
son dos almas... a la espera
de volver a hacerse una...

* * *

Él es llanto y es tristeza,
es nostalgia... y esperanza.
Ella es nube en que descansa
un beso, que ya no besa.

¡Pero ella es todo el consuelo
por la gloria que la encierra!
Él es todo... todo tierra,
y ella es todo... todo cielo...

LIENZO TRÁGICO

Sobre la pampa verde, de un verde hospitalario
despliega su escenario
el teatro insondable de la luna,
de blanco delantal.

Todo se ve en un tono fantasmal.
El monte, el viento, el verde, la laguna
y el rancho solitario.
Que en esta luz lobuna parece extraordinario.

Todo tiene un color más pálido.
El sauce escuálido
sigue a la par del rancho, como ayer.

Sí. Como ayer todo sigue ubicado
solo que muerto. Porque se ha callado
la voz de una mujer.

MENDRUGOS DE RECUERDO

Te vi pasar con mi esperanza auestas
por el jardín del nunca. Tan sencilla
como el jazmín. Montabas la rosilla
que lleva entre las crines mis respuestas.

Recuerdo como ayer. Te vi pasar.
Ibas descalza.

Mi corazón por poco se rebalsa.

Yo iba con botas altas, de montar.

Pintada de acuarelas
grabaste tu figura en mi fogón.
Recuerdo: yo llamando la atención
con las espuelas.

Me acuerdo, aquel apero de ilusión
cinchandole la panza
a la esperanza.
Y un poncho de quizases al pellón.

...

Dicen que el viento levantó esa estancia.
Que triste afán.
Toda presilla se llamó distancia
de tu rosilla hasta mi alazán.

Dicen que el viento pasará otra vez.
Será mañana.
Después. Sobre la pampa del después
tu voz pinta un adiós en mi ventana.

...

Tu adiós llena mi voz de poesía
y el mundo se silencia.
Toda esta ausencia es la melancolía
de la inmortalidad de tu presencia.

¿Qué fue de aquel licor
que ayer probó mi labio? Ahora muerdo

mendrugos de recuerdo
que guardo en las alforjas del amor.

Yo soy el domador. El domador
de un tiempo que presagia
la noche en su esplendor.
Yo palenqué los potros de la magia.

Y soy el domador.

PAMPA

Soberbios,
yo vi pasar los potros esa tarde.
Y desde entonces dentro mío arde
un no sé qué de ausencias en los nervios.
Soberbios, fuertes, nobles.
Iban tragando el viento, con las llamas
del aire candoroso. Como robles
tragando el cielo a sorbos por las ramas.
Soberbios, nobles, fuertes y veloces
yo vi pasar los potros.
Y el sol deshilachado en siete voces
gritaba el apellido de nosotros.
Nosotros, los jinetes que del sud
traemos ilusiones de poetas.
Ya enmudeció la lira y el laúd.
Hoy el silencio anuncia las trompetas.
Yo vi pasar los potros, almas llenas
de majestad, de brío, briosos estampa.
Detrás cerró la noche en sus cadenas,
un repicar de cascos en mis venas
y un eco de galopes en la Pampa.

NOCTURNO CRIOLLO

Un poncho azabache enhiesto
con alfileres de estrellas
se ha prendido sobre el puesto.
Y este canto lo he compuesto
desprendiendolo de ellas.

El potro oscuro tapado
de la noche, a poca prienda,
va al galope desbocado.
Silencio lleva por rienda,
y nostalgia por recado.

Los cascos sin herradura
con rumores de tapera,
son un eco que murmura...
Es toda la pinta oscura
y una luna en la testera.

La esperanza está por fuera...
Los cascos retumban ecos
que el tiempo los entrevera
con la bordona nochera,
descubriendo recovecos.

¿¡Quien diría noche abierta
que recién te descubriera!?
Toda la pampa cubierta
duerme... y está despierta.
La esperanza está por fuera...

Toda la pampa muchacho...
Pampa y sueño y noche es una
muy suave canción de cuna.
Y yo agarrando el penacho

de las crines de la luna.

Y yo en grupa, asujetao
voy prendido y espueliando.
¡Que se arrastre! No me ablando.
¡Si el lomo ya está sobado!
¡A rebencazos cantando!

¡Que se arrastre, si hay jinete!
Ya está abierta la tranquera
del potrero sin frontera.
Noche arisca y negro flete...
La esperanza está por fuera...

Sobre Francisco Álvarez

José Francisco Álvarez Greco nació en San Rafael, Mendoza, el 16 de diciembre de 2003.

Cursa tercer año de la carrera de Lengua y Literatura, en el Instituto de Enseñanza Superior Alfredo R. Bufano, San Rafael. A día de hoy no ha realizado ninguna publicación. Escribe principalmente poesía. Ha sido premiado en algunos certámenes.

Artículo. “Alföld, la otra Pampa”, por Lucas Alcalde

Bajo la égida de la literatura comparada, intentaré probar una intuición que tuve al leer un libro muy lejano, pero también profundamente argentino: *La rosa amarilla*, del húngaro Jókai Mór.

Sarmiento prodiga el primer capítulo de su *Facundo* en una exposición de la fisonomía territorial de la Argentina. Eso es importante para él porque, bajo el influjo de un contemporáneo suyo —Montesquieu—, pero también una extensa tradición grecolatina¹, ni bien comienza el capítulo segundo de *Facundo*, Sarmiento escribe en él: «Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos». Y si —como Sarmiento insinúa escuetamente en el primer capítulo, pero con más fuerza después— la Argentina es eminentemente una gran pampa, entonces, sin importar cuán lejos ella pueda estar, donde sea que haya una llanura, allí también se encontrarán en sus habitantes los hábitos y las costumbres del argentino.

Al postular la comunión de las pampas, en un breve trabajo comparativo, Sarmiento evoca las llanuras del Oriente Próximo, pero sobre todo, la llanura norteamericana extensamente retratada por Fenimore Cooper. Esto sucede en el capítulo dos del *Facundo*, cuando Sarmiento menciona una serie de sucesos que se encuentran en *La pradera*². Aunque ocupan el lejano norte de las Américas, en *La pradera* los hombres de Fenimore se comportan del mismo modo que nuestros paisanos en la Pampa del siglo XIX: para cruzar un río, hacen las mismas pelotas de cuero que se hacían en nuestra Pampa; asan las cabezas de búfalo del mismo modo que se batían las cabezas de vaca y los lomos de ternera aquí en el sur y, cuando el fuego acecha a los personajes de la novela, el trampero sugiere lo mismo que habría sugerido un pampeano: refugiarse e incendiar cierto perímetro anticipadamente para que el incendio, cuando llegue, ya no tenga qué quemar. Entonces, los personajes de Cooper y los gauchos de Sarmiento se comportan de modos similares, pero eso es por algo mucho más grande que ellos: ambos habitan extensas llanuras y esas llanuras son las que irremediablemente engendran sus hábitos. Claro que en el mundo hay muchas más llanos que esos de la América Septentrional y aquellos otros del Oriente Próximo, y exactamente de eso se trata este alegato, porque creo haber encontrado otra pampa que engendró a uno y varios hombres tan pampeanos como el gauchaje que brotó y aún brota de nuestra literatura nacional.

En *La rosa amarilla* lo primero que sabremos es que un jinete, entre el sueño y la vigilia, galopa una continuidad de hierbas idénticas que se extienden hasta donde se extiende la vista, un desierto verdeante e imponente. Somnoliento, mientras monta su caballo, para mantenerse despierto canturrea su canción favorita. Donde un hombre que no fue engendrado por la llanura aún vería solo el verde inmenso, uniforme, el jinete se encuentra con otro de los suyos y, al divisarlo, al instante ve su profesión en las prendas: es un potrero. Ese ojo agudo es el mismo que observamos en los hombres de nuestro campo, porque así de agudo

es el ojo de cualquier pampeano. Luego sabremos que ese jinete, en principio anónimo, se llama Lacza Ferkó y sus andanzas serán vitales para la trama, pero eso no es lo importante en este retrato de costumbres; lo importante es que el modo en que Lacza Ferkó existe en las primeras páginas del libro ya es semejante —si no igual— a la forma en que viven tantos hombres del campo en nuestra literatura.

Luego del breve encuentro entre Lacza Ferkó y el potrero, el autor, Jókai Mór, decide seguir la huella del potrero. El potrero, Decsi Sándor, también cabalga la aparente nada, pero para él cada hectárea del campo uniforme es irreplicable y muy diferente a la anterior. Así Sándor llega rápidamente a la taberna que busca y que bien podría ser una de nuestras pulperías, y al llegar se encuentra con la mujer que buscaba. Sándor y aquella mujer, Klára, entablan un diálogo de anhelos viejos y nuevos y de creciente despecho, pero lo más importante aquí es cómo se configura su diálogo. En una de sus indignaciones, Sándor deja caer el tocino que masticaba y pregunta a la muchacha: «¿Lo dices en serio?». Entonces ella responde a la pregunta con una copla sugerente:

«Cuando la lluvia sorprende,
»a una muchacha en el campo,
»si algún mozo la tropieza
»la esconde bajo su manto».

Esta muchacha, Klára, era la mujer de Sándor. Él siente profunda indignación por una infidelidad que malicia con gran seguridad, y por eso responde a la copla de Klára con una copla más, reacia y distante. En el diálogo —breve como la propia novela— las rimas aparecen al menos otras seis veces y Sándor demuestra su enojo respondiendo con su discurso sin rimas a las rimas de la muchacha cantora. Salvando diferencias que no encuentro relevantes, este juego de hombres y mujeres, de rechazo y seducción en rimas, es el mismo de la diversión que disfrutaban los dos amigos en el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes³.

Cuando esto sucede en *La rosa amarilla*, Sándor recién llega a su llano, vuelve de un lugar que no es su tierra. Pero ¿de dónde vuelve Sándor para enterarse de la desventura?, ¿de dónde vuelve Sándor para enterarse de que cuando él estaba en pagos más lejanos su querida quiso a otro hombre? Es estremecedor saberlo: Sándor vuelve de servir en la leva.

«¡Y la pobre mi mujer,
»Dios sabe cuánto sufrió!
»Me dicen que se voló
»con no sé qué gavián,
»sin duda a buscar el pan
»que no podía darle yo».

¿No es idéntico este lamento de nuestro gran gaucho nacional, Martín Fierro, cuando escapa de la leva desalmada que lo llevó a frontera? Con diferencias menores, ¿no exclama lo mismo que Sándor nuestro Martín Fierro cuando vuelve para encontrarse sin su mujer y con todo lo que era suyo devastado? Y, lo que es más, ¿no tienen, Lacza Ferkó primero y Decsi Sándor después, el instinto cantor que Sarmiento vislumbró en su *Facundo* y que otros autores argentinos replicaron y expandieron en sus gauchos de las décadas siguientes? ¡Así de grandes son las simetrías en los hombres de estas pampas tan distantes entre ellas!, ¡así de fuerte es la influencia de las pampas en el carácter de sus hombres!

Dos capítulos son los que comenté en los párrafos anteriores y esos dos capítulos bastan para sostener decentemente la semejanza de los hombres que habitan nuestra pampa y los llanos magiares, pero en el siguiente, en el capítulo tercero, aún hay algo valioso para este argumento que yo escribo. Allí volvemos al viaje del vaquero, Lacza Ferkó. Diré, como dijo Sarmiento, que, aunque en la pampa todos los ojos son agudos, hay algunos ojos más agudos que los otros. En este capítulo, Lacza acompaña un coche que lleva a unos forasteros por su llanura. Aunque otros dos locales conocen bien el camino, Lacza fue enviado a la pequeña partida con la función del guía. Y es que Lacza es idóneo para la tarea: tiene el ojo privilegiado del *baqueano* y, también, ese carácter grave y circunspecto que Sarmiento reserva para el el gaucho *rastreador*.

El nombre de la llanura que andan Decsi, Klára, Lacza y su partida es Alföld, y en Alföld las reverberaciones lejanas del sol, los espejismos en el horizonte que alargan y deforman los objetos, son ampliamente observados. A ese fenómeno, muy parecido a la Fata Morgana que sucede en otras partes, en la llanura húngara lo llaman *délibáb*. *Dél* en húngaro significa dos cosas a un tiempo: «sur» y «mediodía», pero sobre *báb* no hay certezas. Una conjetura esgrimida con cierta frecuencia es que *báb* en algún momento perdió su última letra, la *a*, y que, entonces, es un lexema que anteriormente era la palabra *bába*, bruja. Esta conjetura, la que involucra a las brujas en el fenómeno, sin dudas es la que más se acerca al sentir del pampeano, y Lacza pronto lo probará en una conversación con los forasteros. Abrumado por las figuras cambiantes y la apariencia acuosa del horizonte durante el *délibab*, un pintor austríaco en la partida pregunta a los locales qué es realmente ese fenómeno. Un veterinario, hombre culto y ciertamente de ciudad, lanza al extranjero los instrumentos de la lógica y la ciencia al responder, pero ¿qué dice Lacza? Lacza dice: «El *délibab* es un milagro que hace Dios para que el pobre vaquero no se muera de aburrimiento en el llano». ¡Y eso piensa Fierro al mirar las estrellas!⁴, ¡esa sería también sería la respuesta de nuestros pampeanos! En ella no hay brujas, pero sí comienza a asomar la superstición gaucha que no pocas veces invoca a Dios y a seres legendarios para explicar los hechos del mundo, y también la simpleza que el gaucho suele tomar para sus tramas y argumentos. Lo cierto es que en *La rosa amarilla* luego hay otras invocaciones a Dios, el uso de una pócima y más de una costumbre supersticiosa que no he mencionado, como la evasión del número tres o la quema de plomo en los días de Navidad; en *La rosa amarilla* hay, en suma, suficientes pasajes para demostrar una y diez veces que la superstición que Sarmiento encuentra en nuestro gaucho también se

encuentra en los jinetes andariegos de la pampa húngara. Y si bien esta simetría de supersticiones existe en ambas pampas, omitiré su abordaje más extenso para dar atención a una simetría que encuentro mucho más importante: el peligro del matrero. Aún en el capítulo tercero, los húngaros en la partida de Lacza cuentan a los extranjeros que entre los pastores de Alföld hay una cantidad importante de ladrones e incluso mencionan una estrella que bien podría ser la patrona del bandolero. En palabras del húngaro: «la linterna de los vagabundos, esa estrella que miran los bandoleros cuando ruegan a Dios no ser atrapados al robar el ganado»⁵. Entonces, es cierto que Jókai Mór no sigue los pasos de ninguno en *La rosa amarilla*, pero los comentarios de Lacza Ferkó y su partida nos permiten distinguir la existencia de un gaucho que sin dudas es, en otras latitudes, el *gaucho malo* que Sarmiento describe en su *Facundo*.

Las relaciones que hay hasta ahora en este artículo son, en realidad, todas las que encontré. Intenté probar la idea que arroja Sarmiento en su *Facundo*: idénticos accidentes geográficos engendran idénticos hábitos y costumbres. Para justificarme, donde Sarmiento presentó la llanura norteamericana de Fenimore Cooper, yo presenté la llanura húngara de Jókai Mór.

No sé si mi exposición basta para probarle al lector esta intuición que tuve, porque tampoco sé si basta para probármela a mí mismo, pero lo cierto es que no tengo más armas con que defenderla. Esto es todo lo que mi suma de lecturas más bien mínima me ha permitido, pero tampoco me lamento porque hace pocos días encontré un consuelo que todavía me dura en un poema que logra convencerme, y espero que ya para siempre.

Desde su tierra y su lengua, Kányádi Sándor también entendió esta conexión y la hizo un poema: *A Dél Keresztje alatt*⁶. En *A Dél Keresztje alatt* hay indios y negros haciendo fuego como los pastores húngaros de Hargita, el poncho hace las de *condra*⁷ y en ambas tierras se escucha una guitarra que, con una melodía diferente, hace sonar la misma canción. Le agradezco, entonces, a Kányádi Sándor y a quien me mostró su poema, porque ahora sé que desde Hungría un hombre ya vio esta simetría entre las costumbres de su llanura y la llanura nuestra, aquí en el sur. Con su especie de confirmación, creeré que todo esto que escribo no fue en vano y me permitiré —no sin dificultades, claro— creer yo mismo en la simetría que observé. Ahora, no espero más que llegar a mi lector. Espero que ese lector mío pueda ver lo que yo he visto y expuesto y espero que pueda creer, como yo, que todo esto que leyó es real o que, al menos, tiene algún sentido.

Notas al pie

¹ Terán, O. *El Facundo en Historia de las ideas en la Argentina* (primera edición, p. 66). Siglo XXI Editores.

² Fenimore Cooper es el autor de *La pradera*, pero también de otro libro tal vez más conocido que también fue adaptado al cine: *El último de los mohicanos*.

³ Esta diversión sucede en el capítulo XI del libro de Güiraldes.

⁴ Véanse los versos 1457-1462 del *Martín Fierro*.

⁵ Jókai, M. Capítulo III en *La rosa amarilla*, traducción al español (primera edición, p. 39). Siglo XXI Editores.

⁶ *A Dél Keresztje alatt* significa «bajo la Cruz del Sur».

⁷ La *condra* es un ropaje tradicional del campesino húngaro.

Entrevista

Mariano Moral, responsable de la Biblioteca Antonio Devoto: “Me gusta el término bibliotecario referencista”

Pregunta: Para comenzar, te queríamos preguntar: ¿qué estudiaste para ser bibliotecario hoy en día?

Respuesta: En realidad yo hice la carrera de Letras, el profesorado también. Y para complementar, dentro del Gobierno de la Ciudad hice algunas materias de la carrera de un instituto para ser bibliotecario. Algo que se hace en tres años lo hice en uno e incluso ahora estoy cursando. Empecé a cursar como oyente donde estudié Letras, en la UBA.

P: ¿Y hace cuánto trabajás en esta biblioteca?

R: Estoy trabajando desde 2007 en esta biblioteca. Arranqué en esta biblioteca, Antonio Devoto, que para mí fue una gran alegría porque yo venía trabajando en institutos de tercera edad haciendo algunos talleres. Entonces, para mí venir a la biblioteca fue una sensación muy alegre. Porque, por fin, llegué a un mundo que siempre me gustó, estar con libros. Y, a partir de ahí, estuve en la biblioteca Antonio Devoto al comienzo, estuve varios años, creo que cuatro o cinco años. Y después me convocaron para trabajar en una biblioteca en La Boca porque faltaba el jefe, que se estaba jubilando. Entonces me convocaron para tomar ahí el cargo de jefe. Con un poco de miedo, pero también con un poco de alegría por el reconocimiento, fui conociendo una biblioteca distinta a esta y un público también bastante distinto. Y, por último, bueno, trabajé en una biblioteca infantil-juvenil en Parque Patricios. Esa, también, al estar emplazada en medio de un parque, tuvo mucha vida, con visitas escolares, con eventos, con la gente del barrio..., hasta que, al fin, recalé de nuevo aquí en Devoto, ¿no?

P: Me contaste que habías sido jefe en aquella biblioteca de La Boca. ¿A qué te referís? ¿Cuáles eran las funciones que cumplías?

R: Principalmente ser responsable administrativo del patrimonio y también estar atento a los recursos humanos. Digamos, disponer un poco la distribución de tareas, ese tipo de cosas propias de alguien que está al mando. Desde ya que nunca me gustó la palabra “jefe”, prefería otros términos. Me sentía siempre un poco incómodo con esos términos, pero a nivel administrativo era ese el papel que desempeñaba.

P: ¿Y cuán diferente sentís que fue tu experiencia en La Boca a lo que estás haciendo ahora en esta biblioteca? ¿Cuál experiencia sentís disfrutar más?

R: La experiencia, desde ya, te va garantizando un mayor disfrute. Vas puliendo un poco los defectos, conocés más las experiencias y el trato con los mismos compañeros. Ya disfruto un poco más esta etapa. Es

más libre. Me siento más libre a la hora enfrentar las tareas, las cuestiones que pueden surgir en el día a día con los usuarios, los requerimientos de nuestra área. Por otro lado, acá es más tranquilo, en esta biblioteca siento mucho menos el roce.

P: ¿Ahora sos el único responsable del turno tarde o por lo menos de las últimas horas?

R: En realidad, sí. Estoy como única persona en el turno tarde, en este momento del día donde hay actividades como apoyo escolar, clubes de lectura, laboratorios literarios y eventos que pueden darse en distintos momentos del año. Pero en realidad soy responsable de todo, de lo diurno y de la tarde también.

P: Y por las funciones que estás cumpliendo acá y ahora, ¿te llamarías bibliotecario, librero?

R: Me gusta el término bibliotecario referencista, esa es un poco la catalogación que yo me doy en este momento. Más allá de mi formación académica, que ya comenté, me gusta esta idea de ser un bibliotecario que puede dar referencia dentro de los conocimientos generales que posee y de su experiencia como lector y como curioso, porque también siempre fui bastante autodidacta en ese sentido.

P: Sé que te gustan las enciclopedias. ¿Creés que hay relación entre el saber enciclopédico y tu trabajo de referencista?

Sin dudas. Hoy en día el saber enciclopédico está un poco cuestionado, pero yo creo que hay algo muy valioso en él. Para ser referencista hay que conocer un poco de todo, y eso es lo que pretenden darnos muchas veces las enciclopedias: no necesariamente un conocimiento específico, pero sí uno general, abarcativo del mundo, de todas las cosas.

Creo que (la enciclopedia) pasa a ser una ilusión de que está todo ahí adentro, de que todo el conocimiento y las artes humanas están sintetizadas ahí. Etimológicamente, en la misma palabra “enciclopedia” también hay una cuestión circular: un término remite a otro y otro a otro. Es la ilusión de un círculo, un sistema cerrado que contiene todo dentro y que vincula, a su vez, todas las cosas que tiene dentro. Lo triste de estas piezas es, tal vez, su extensión. Hay una enciclopedia, o un diccionario en realidad, el *Diccionario enciclopédico Bompiani* y yo sé y tengo la resignación de que nunca lo voy a llegar a leer. Son esos materiales que uno lamenta, de antemano, no poder abarcar.

P: Pienso que la enciclopedia aporta un saber que generalmente no es enseñado en la educación formal. Entonces, me pregunto: ¿qué tan importante es la vocación, más allá de los estudios, para tu profesión?

R: Yo creo que son las dos cosas. Es un mix de ambas cosas, porque la vocación es muy importante, pero si no la profundizás con el estudio también se queda un poco a medio camino, y eso es una pena.

P: ¿No considerarás a la vocación como una fuente de estudio? Y también te iba a preguntar, cuando hablaste de estudio: ¿hablás de estudio netamente formal o también de aquel otro?

R: Lo que pasa es que el (estudio) formal da una cierta secuenciación de saberes que no da el estudio improvisado o por cuenta propia. Por ejemplo, a mí me gusta mucho la filosofía, pero nunca hice un estudio sistemático. Me gusta leerla por mi cuenta. De hecho, muchas veces leo más de filosofía que de literatura. Pero yo creo que, en definitiva, me vuelco a creer que este estudio autodidacta con un cierto sistematismo, que podría ser tomado de lo escolar, es una buena aspiración.

P: Antes de ser bibliotecario vos mismo o trabajar en bibliotecas, ¿solías visitar bibliotecas?

R: Sí, siempre me gustó. Por ejemplo, en la escuela secundaria, yo me iba en los recreos a la biblioteca. Me gustó siempre estar rodeado de libros, quizás hasta más que con personas en algunos casos. aunque eso fue también cambiando con el tiempo.

Desde ya que conozco la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. También conozco la Biblioteca Nacional, conozco la del Congreso, la del Palacio Pizzurno. En realidad, estas últimas bibliotecas son bastante grandes y quizás me gustan las bibliotecas un poco más chicas, donde se puede entablar conversaciones más cercanas con los bibliotecarios, ¿no? Donde es algo tan institucional, no. Por otro lado, me ha gustado ir a estudiar a los cafés, a ver las vidrieras. Siempre me gustaron esos espacios, poder estar con gente y libros, ver gente estudiando.

P: También sos lector. ¿Cuánto pudiste leer en la biblioteca?

R: ¿Cuánto habré leído? Hay que decir que eso es totalmente paradójico porque he leído muy poco en la biblioteca. Yo, como trabajador, estoy en una instancia de mucha interrupción. Parece que no, pero siempre estás con una cosa en mente. Bueno, y tengo un umbral de concentración muy breve. Pasa un gato y me distraigo. Hay personas que tienen un umbral mayor y pueden estar leyendo, pero no es mi caso.

P: Probablemente hay siempre cosas alrededor, o te acordás de algo que tenés que hacer. ¿Hay procesos técnicos repetitivos? ¿Inventarios? ¿Catalogaciones?

R: Sí, tal cual. Pienso en Borges que, de hecho, trabajó en bibliotecas de la ciudad. Y él se iba, tenía como un lugar que hoy se puede ir a visitar. Era como un cuartito en el fondo, reservado para que él pudiera pensar, leer y escribir alejado del trabajo.

P: Vas a bibliotecas desde hace mucho tiempo y sos bibliotecario también. ¿Sentís que bajó la concurrencia? ¿Es igual? ¿Depende de la biblioteca?

R: No sé, hay muchas cosas. Había tiempos donde la biblioteca era un centro donde iban las escuelas, donde tenían una cierta valoración social. Hoy en día, hay que decir, la obviedad de los medios, las redes sociales, todo eso le ha quitado un público. Hoy la información también se encuentra con un celular, con una computadora. Eso ha disminuido el público, pero las bibliotecas se están readecuando a eso, están volcándose quizás para lugares de pertenencia, para lugares de socialización y para otras cosas. Por ejemplo, hoy vino una persona con su hija a decir que está buscando un lugar para poder concentrarse. Hoy en día, la saturación de estímulos hace que un espacio donde uno pueda estar abocado a una sola cosa, o que se reduzcan los estímulos, pueda ser valorado. También es muy difícil ir, por ejemplo, a un café a leer o a estudiar. Está la televisión, están los ruidos, y también la plata que sale ir a un café, porque no hay que dejar de hablar de lo obvio: la biblioteca sigue siendo uno de los pocos espacios donde no se intercambia dinero, donde no se espera ese tipo de lógica. Entonces, eso que parece algo obvio, que no lo es, le da también su particularidad. Yo, por ejemplo, cada vez más, tengo esas experiencias en donde la persona viene a preguntar si se alquilan (los libros). Me preguntan «cuánto tengo que pagar», «cuánto me sale esto», «cuánto aquello», y cada vez son más. Así que la biblioteca, con esta cuestión de lo libre y lo gratuito, es como una rareza.

P: Cuando propusiste la biblioteca como espacio social...

R: Es un espacio de democratización, de inclusión, ¿no? Y sí, como te digo, también es un espacio social, de encuentro. Pero quiero volver brevemente a lo anterior, porque no estoy en contra del comercio, hoy en día hay bibliotecas que permiten que la gente aprenda oficios, que pueden aprender el manejo de las finanzas, pero... digo, para no dejar una imagen, digamos, anticomercial, porque no es mi intención.

P: Ahora, la biblioteca como espacio de encuentro es algo que acá ya sucede. ¿El club de lectura sigue vigente?

R: Claro, los clubes de lectura vienen a encarnar un poco eso. Vienen a cumplir esa socialización de un hábito solitario. Son un espacio donde poder encontrarse con gente y hablar de libros, que eso en algunos entornos parece una rareza. También es encontrar otros caminos para la conversación, que hoy en día a veces parece muy estandarizada: todos vemos y comentamos el último meme, la última noticia, pero este espacio nos permite hablar de otras cosas. Sí, y realmente eso sí es algo que noto bastante: lo bien que le hace a las personas tener un lugar en el cual poder compartir esos hábitos o poner en práctica un poco su mundo interior y sus reflexiones acerca de lo que han leído. Pero no solamente tiene que ser un libro lo que se hable, sino que también puede ser alguna película.

P: Como Migrante es una revista de literatura argentina, te quería preguntar: ¿consumís o consumías literatura argentina?

R: La verdad, sinceramente, poca. Soy más lector de otras cosas. Y sobre todo a mí en particular me gusta mucho todo aquello que tiene como algo de ensayo, que tiene como una mezcla de ensayo y literatura. Leí literatura argentina en la carrera, desde ya. Pero claro, justamente, leí mucho por obligación, para aprobar parciales. Igual, desde ya que me encanta Borges, me encantan los clásicos argentinos, aunque en este momento no los esté leyendo mucho. Ahora estoy buscando distopías y utopías actuales, por ejemplo. Me gustan escritores como Michel Houellebecq. Esos escritores que plantean escenarios del transhumanismo.

P: ¿Y qué se pide habitualmente en la biblioteca? ¿Se pide literatura argentina, narrativa, poesía?

R: Sí, se pide habitualmente literatura argentina. Muchas veces, lo que se pide en los colegios. Pero ¿poesía? No, no. Poesía no, descartemos poesía. Tal vez se suele pedir más literatura recreativa, tanto nacional como extranjera, pero literatura recreativa al fin. Se leen muchas novelas más bien ligeras, *bestsellers* y alguno que otro autor que esté en boga. Y bueno, autores como Borges y Cortázar se siguen pidiendo, desde ya. Tal vez sería feliz, sí, que se pida más literatura argentina.

Reseña. “El placer de la cautiva”, de Leopoldo Brizuela

Editorial: Club Cinco Editores

Por Melina Grieco, estudiante de Edición (UBA).

Sinopsis

El placer de la cautiva es el preludio de una vida salvaje. En su *Historia del guerrero y de la cautiva*, Borges habla de los toldos de cuero de caballo, las hogueras de estiércol, los festines de carne chamuscada, las sigilosas marchas al alba; el alarido, el saqueo y la guerra; la poligamia, la hediondez y la magia. Ese mundo desconocido, como si fuese un imán, repele y atrae en la misma proporción.

Es 1878 y Rosario Burgos, una niña que está a punto de convertirse en mujer, ha quedado huérfana. Los malones han saqueado su futuro. Su única esperanza de sobrevivir es reunirse con su hermana en una guarnición de avanzada. Hacia allí parte junto a Vega, un soldado conocedor del desierto. El viaje se disloca cuando divisan, a lo lejos, las siluetas de tres salvajes, erguidos sobre sus caballos, que los vigilaban inmóviles. La persecución comienza y con ella, surge una suerte de danza medular donde el espanto y la seducción avanzan al mismo tiempo.

Oliverio Coelho escribe en el prólogo que *El placer de la cautiva* es la historia secreta del nacimiento del deseo, la historia del nacimiento de una tragedia y de una venganza contranatura —la de volverse cautiva—, ya que conduce a un cruce entre blanco e indio que las fuerzas naturales parecen reprobar.

Opinión

Leopoldo Brizuela (1963-2019) publicó *El placer de la cautiva*, su tercera novela, en el año 2000.

Se dice que Brizuela era esencialmente un novelista, aunque juega con el lenguaje lírico con recurrencia. Esta novela corta de 75 páginas, que también podría ser un cuento largo, muestra que Brizuela está en los límites: entre lo prosaico y poético, entre lo novelesco y cuentístico.

Esta novela es la erotización de uno de los tópicos más recurrentes de la literatura argentina: la cautiva. Esas mujeres cristianas que los indios capturaban durante los malones, y que conservaban como esclavas o esposas en sus toldos, han sido escritas y reescritas. El poema *La cautiva*, de Echeverría, inaugura este tópico. En el canto VIII de *La vuelta del Martín Fierro*, Hernández expone en sus versos la crueldad que recibe una cautiva por parte de los indios, y Borges en *Historia del guerrero y de la cautiva* cuenta una doble historia que une a lombardo bárbaro que muere defendiendo a Roma y a una cautiva inglesa que entrega su

vida al desierto argentino. Otros antecedentes son *El ejército de ceniza* de José Pablo Feinmann, *Historias imaginarias de la Argentina* de Pedro Orgambide y *La patria equivocada* de Dalmiro Sáenz.

Sin embargo, en *El placer de la cautiva*, Rosario ya no es representada como una víctima forzada, sino como una adversaria de gran lucidez.

Esta historia no es solamente el deseo de la mujer cristiana, ese deseo escondido e inaudito, sino que brota la seducción que ejerce lo salvaje. Esta *nouvelle* es un viaje hacia lo secreto que avanza sin tropiezos.

Brizuela cae repetidamente en anacronismos, lo que empuja al lector a salir de la ambientación. ¿El autor buscaba conjugar un tiempo pretérito con el tiempo presente? El arquetipo de la cautiva es parte de nuestra tradición literaria, después de todo.

Brizuela no deja de sorprender en este texto alegórico. Esta *nouvelle* avanza sin meditaciones: conjuga un lenguaje poético con una trama que nunca se detiene, que no percibe fronteras. Los futuros lectores deben saber que *El placer de la cautiva* es una reversión de uno de los tópicos fundacionales de la literatura nacional, y que está signada por la contemporaneidad de su autor.

Reseña de una película. *Aballay, el hombre sin miedo*, por Leandro Cuellar

Aballay, el hombre sin miedo (2010) es un filme del género western gauchesco dirigido por el director argentino Fernando Spiner. Cuenta con las actuaciones de Pablo Cedrón (“Aballay”), Nazareno Casero (“Julián”), el recientemente fallecido actor Claudio Rissi (“El Muerto”) y Moro Anghileri (“Juana”). El filme es una transposición filmica del cuento “Aballay” de Antonio Di Benedetto. Fue filmado en Amachay del Valle, en Tucumán.

En el comienzo del filme, hay una mirada que marca el destino de la historia. Se podría hacer una fenomenología de la mirada en el cine. ¿Cuántas historias se cuentan a través de una mirada? En este caso, se trata de la mirada entre Aballay y Julián, cuando éste era un niño y ve a su padre morir a manos de aquel gaucho que observa al niño con angustia.

Luego de cometer este acto criminal, Aballay asume como penitencia permanecer siempre sobre su caballo, como habría hecho Simeón el Estilita con una columna. La figura del gaucho Aballay termina convirtiéndose en la de un santo. El pueblo le rinde culto.

Por otro lado, Julián crece y se convierte en un joven de buenos valores. Es el héroe de nuestra historia. Julián emprende un camino de venganza y en su paso se enamora de la bella Juana. Juana está siendo dominada en una relación injusta con El Muerto, quien también participó en el asalto en el que se asesinó al padre de Julián en una caravana. El Muerto es el villano principal de la historia, un hombre sin escrúpulos y sin reparos morales. El Muerto maltrata a Juana con sadismo y se ganará el odio de nuestro héroe.

¿Podrá Julián vengar a su padre? ¿Merece Aballay la muerte o ya ha cumplido su penitencia? ¿No es el perdón lo que busca este gaucho devenido en santo? Algo que cabe preguntarse es: ¿es Julián el héroe de nuestra historia o lo es verdaderamente Aballay?

A fin de cuentas, este filme de Fernando Spiner nos muestra una historia de venganza, traición y amor. No le falta ningún condimento. La astucia de los actores como Pablo Cedrón y Claudio Rissi es notable. La forma en que mira Claudio Rissi, su manera de abrir y tensionar los ojos frente a un posible ataque al principio del filme, lo vuelve un actor inmortal.

Ficha técnica de la película

Título: *Aballay, el hombre sin miedo*

Dirección: Fernando Spiner

Año: 2010

País: Argentina

Duración: 100 min.

Género: Western, drama

Sobre Leandro Cuellar

Leandro Cuellar es impulsor de la escuela de cine Amour du Cinéma y autor de *El cine en tiempos de angustia* (2023).

Novedades editoriales de mayo y junio 2024

El rostro y sus máscaras. Variaciones y constancias, de Mario Satz. Editorial Acantilado.

Maestros y discípulos de la Antigua Grecia, de Javier Murcia Ortuño. Alianza editorial.

El país de las mil caras. Escritos sobre el Perú. Obra periodística II, de Mario Vargas Llosa. Editorial Alfaguara.

Las furias, de John Connolly. Tusquets Editores

Amélie Nothomb II, de Amélie Nothomb. Anagrama.

Jane Austen investiga, de Jessica Bull. Editorial Lumen.